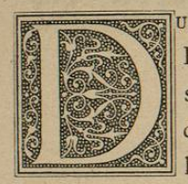
VIII

BATALLA DE SAN FRANCISCO Ó DE DOLORES

RESÚMEN

Ejército perú-boliviano. – Porqué el desierto de Tarapacá se designaba como el verdadero teatro de la guerra. – Inaccion de Prado y de Daza. – El ejército estaba esparcido. – Doble objeto del ejército chileno al desembarcar en Pisagua. – El ejército chileno se concentra en Dolores. – Mala situacion del ejército peruano en Iquique. – Plan de operaciones y movimiento de los ejércitos. – Daza llega á *Camarones*. – Retrocede. – Voces de traicion. – El ejército boliviano se subleva y destituye á Daza de la Presidencia. – Otra revolucion en Bolivia. – René Moreno, intermediario para las negociaciones entre Daza y el enemigo. – Los chilenos temian al General Daza. – Pruebas. – El ejército peruano de Iquique se aproxima y los chilenos deciden esperarlo en *Santa Catalina*. – Los peruanos habian retardado por haberse extraviado. – Los chilenos cambian de idea. – Se preparan á la defensa en Dolores. – Cerro de San Francisco. – Llegada y disposicion del ejército perú-boliviano. – Discordias. – El ala derecha comienza el fuego y el asalto.

– Partes del Coronel Suarez y otros sobre la batalla. – Fuga de los bolivianos, y acogida que tuvieron en Bolivia. – El hecho de armas de San Francisco tiene poca importancia militar. – Envidias y rivalidades entre los oficiales. – Consecuencias de esta batalla, ventajosas á los chilenos.



URANTE los siete meses de la campaña naval, las Repúblicas aliadas, Perú y Bolivia, habian conseguido organizar en el departamento ó desierto de Tarapacá, un ejército de cerca de *diez mil* hombres, 7000 de los cuales eran peruanos y 3000 bolivianos. Otro ejército de *ocho mil* hombres, 5000 peruanos y 3000 bolivianos, se encontraba en la provincia limítrofe de Tacna. El General Prado, Presidente del Perú y *director supremo de la guerra,* acampaba en Arica con sus 5000 peruanos, mientras el General Daza, Presidente de Bolivia y capitan general del ejército boliviano, ocupaba la próxima capital de la provincia, Tacna.

Que el primero y verdadero teatro de la guerra habria sido el desierto de Tarapacá, era tan cierto y seguro, que nadie pensaba ponerlo en duda. Así lo daban á entender desde el primer dia de la guerra: 1°, el curso natural de la misma, por ser territorio limítrofe del desierto boliviano de Atacama, ocupado ya por el ejército chileno; 2°, las notorias y evidentes aspiraciones chilenas de apoderarse de dicho territorio, cuya conquista era el objeto y motivo principal de la guerra; 3°, el continuo clamor levantado por los periódicos chilenos, que revelando y comentando con seis ó siete meses de anticipacion los proyectos de aquel Gobierno, repetian diariamente que el ejército chileno, tan luego como pudiera moverse de Antofagasta, efectuaría inmediatamente un desembarco sobre las costas de Tarapacá, para apoderarse ante todo de Iquique y de los grandes recursos económicos que ofrecian el salitre y el guano,

que en tan gran cantidad encerraba el desierto. Con aquella habitual ligereza con que los periódicos chilenos revelaban siempre las cosas mas íntimas de su Gobierno, sin escluir las que el decoro nacional impondria el secreto, llegaron hasta indicar cuales serian los probables puntos de desembarco del ejército, señalando precisamente Pisagua como el principal. Sin embargo, Prado y Daza, Presidentes de las dos Repúblicas aliadas y Generales en jefe de sus ejércitos, permanecieron tranquilamente en Arica y Tacna, donde su presencia no era de ninguna utilidad; y confiaban el mando del ejército de Tarapacá al General Buendia, al cual, aunque buen soldado, faltaban la energía y autoridad necesarias para imponer silencio á la indisciplina y á las rivalidades de los oficiales que tenia á sus órdenes, y que, como veremos, fueron causa no indiferente de grandes desastres.

En prevision de un desembarco del ejército enemigo en las extensas costas del desierto de Tarapacá, el ejército de la alianza al cual estaba confiada la defensa de este territorio, se encontraba diseminado por pequeñas fracciones en los diversos puntos de posible acceso del mismo por mar, asi como tambien en algunas localidades interiores, de la cuales hubiera sido fácil acudir solicitamente alli donde se verificase un ataque, en Mejillones, Molle, Pisagua, Patillos, San Juan, la Noria, Monte de la Soledad, Huatacondo é Iquique, donde tenia su cuartel general, y donde á toda prisa se concentró despues del desembarco del ejército chileno en Pisagua.

Desembarcando en Pisagua, punto intermedio entre Iquique y Arica, el ejército chileno se proponia dos cosas: 1°, cortar toda comunicacion entre los dos ejércitos de la alianza acampados en aquellas localidades; aislarlos el uno del otro, y colocarlos de este modo en la imposibilidad de obrar de acuerdo, ó de socorrerse mutuamente; 2°, marchar sobre Iquique por

tierra, á través del desierto, y apoderarse de esta ciudad que, como sabemos, era el centro principal del comercio salitrero del codiciado desierto de Tarapacá (1). Para poder conseguir su doble intento, era necesario en primer lugar internarse con celeridad en el desierto, 30 millas próximamente, hasta Dolores; localidad eminentemente estratégica, puesta precisamente sobre el camino que queria cortar al enemigo, de Arica á Iquique, y que él mismo tenia que seguir para ir á Iquique; y en esto fué maravillosamente favorecido por el ferrocarril que desde Pisagua iba á *Agua-Santa* y que pasaba precisamente por Dolores, donde tenia una estacion de las mas importantes. Ademas de otras muchas ventajas, la estacion de Dolores ofrecia tambien la de encontrarse á lado del único manantial de agua que existe en toda aquella zona del desierto: verdadero rio de excelente agua potable que corre á poca profundidad, por un cáuce subterráneo del cual se extrae facilmente, por medio de grandes y sólidos aparatos.

Dueño del ferro-carril, de este gran elemento de locomocion que tanto y tan eficazmente ayudaba á sus proyectos, el ejército chileno se lanzó inmediatamente sobre él; y sus primeros batallones pudieron apoderarse de la estacion de Dolores y plantar allí sus tiendas, sin que nadie los molestase, y sin disparar un tiro, como en su casa.

Entre tanto el ejército perú-boliviano que, como hémos dicho, se habia concentrado en Iquique despues de la toma de Pisagua, se encontró desde el primer momento en una situacion muy

(1) Lo que determinaba los chilenos á investir Iquique por tierra, despues de largas marchas por el desierto, en lugar de hacerlo por mar, que hubiera sido mucho mas expedito, eran sus escasas fortificaciones, ó sea los cuatro cañones colocados por los peruanos en la playa. Insignificante cosa, por cierto, contra la formidable artillería de la escuadra chilena.

poco lisonjera. Bloqueado por mar por la escuadra chilena, encerrado en medio á un desierto que carece de todo recurso, cortado por el enemigo el único camino, el de Arica, por el cual podia recibir socorros, abandonado sin provisiones de reserva por la incuria del Gobierno y del supremo director de la guerra que á nada supieron proveer, el ejército perú-boliviano que se habia reunido á toda prisa en Iquique, carecia casi de todo, y principalmente de víveres: los pocos sobre los cuales podia contar con alguna seguridad, bastaban escasamente para 15 ó 20 dias á lo mas.

Para salir de una situacion tan difícil, por no decir desesperada, al ejército de las Repúblicas aliadas no le quedaba mas que un solo camino que seguir: el de marchar contra el enemigo, sea para echarlo del país obligandolo á reembarcarse, sea en último caso, para forzar el paso sobre él, é ir á buscar á Arica los medios de vida, las vituallas de las cuales se hallaba próximo á carecer absolutamente: y despues de haberse puesto telegraficamente de acuerdo con el supremo director de la guerra, General Prado, que se encontraba en Arica, para combinar en cuanto posible un plan de ataque contra el ejército invasor, salió de Iquique en contra de éste en el estado mas deplorable en que se puede hallar un ejército. En el informe del Jefe del Estado-Mayor al General en Jefe Buendia, se lee: « Como á US. le consta, salió el ejército (de Iquique) casi desnudo, muy próximo á quedar descalzo, desabrigado y hambriento, á luchar, ántes que con el enemigo, con la intemperie y el cansancio durante la noche, para evitar en las pampas el sol abrasador, y en una palabra, con el equipo que al principio de la campaña era ya inaparente para emprenderla; porque ninguno de los pedidos que US. y este despacho han reitarado, fué satisfecho en los siete largos meses de estacion en Iquique. » Todo esto es todavia muy pálido al lado de la verdad: otras llagas roian

al mismo tiempo el ejército de la alianza; y la primera entre éstas era la rivalidad y consiguiente indisciplina que reinaba mas ó ménos encubierta entre los oficiales, y mas aun entre los jefes.

El plan de operaciones combinado de acuerdo con el General Prado, consistia en que el ejército chileno fuese atacado simultaneamente, cojiendolo en medio, por el ejército de Iquique y por el cuerpo de 3000 bolivianos que estaba en Tacna á las órdenes del General Hilarion Daza, Presidente de Bolivia.

Efectivamente, el 8 de Noviembre el General Daza salió de Tacna para Arica, á la cabeza de su pequeño ejército; y despues de haber conferenciado largamente con el General Prado, emprendió el dia 11, animado á la par que toda su gente del mas vivo entusiasmo, el solitario camino del desierto de Tarapacá. Bien provisto de todo lo necesario, y marchando siempre en el órden mas perfecto, llegó el 14 al valle de *Camarones*, pequeño y delicioso óasis de verdura situado precisamente en el centro del desierto. Pero, una vez llegado allí, en lugar de continuar su marcha hácia el enemigo, siguiendo el itinerario trazado de antemano en combinacion con el del ejército de Iquique, y mientras sus tropas, acostumbradas desde largo tiempo á las fatigas de las marchas mas forzadas, no deseaban mas que correr adelante, él hizo alto, y se paró. ¿Para que? Para volver atrás despues de dos dias, y despues de haberse adelandado dos veces él solo, con algunos íntimos, ó inutilmente ó con algun fin misterioso que todos ignoraron, hasta *Tana*, pocas leguas mas allá de Camarones.

Hé aqui como se expresa sobre este particular uno de los coroneles del pequeño ejército que Daza llevaba consigo: « Muy triste y enlutada fué, en efecto, aquella tarde del 16 Noviemen que á horas 5 desfilaban los batallones mustios y pensativos en ascenso lento la cuesta de Camarones hácia Arica. El cielo mismo parecia ruborizarse de acto tan vergonzoso, cubriendo

al sol en su ocaso con un tinte siniestramente purpurino que infundia fatídicos presagios, mas fáciles de sentir que de expresar.... El único responsable de ella (*de la retirada*) es el General Daza, aunque él asegure que fué influido por muchos jefes de su círculo. Por otra parte, cuando nos persuadimos de la resolucion que tenia el General Daza de no llevar el ejército adelante, opinamos varios jefes desde el principio hasta el fin del consejo de guerra que tuvo luvar el 15: « que la órden de avanzar ó de contramarchar el ejército desde Camarones, el General en jefe debia darla de Pozo Almonte, donde él iria conmigo y dos edecanes. » – Sin embargo, ni esa tarle ni á la madrugada del dia siguiente emprendió marcha el General Daza. A las 9 a. m. del 15 me llamó á la oficina telegráfica, donde me presentó un parte del General Prado en que le decia mas ó ménos estas palabras: « Viendo que no puede Ud. pasar adelante con su ejército, el consejo de guerra que convoqué anoche ha resuelto que el General Buendia ataque mañana al enemigo; siendo por tanto, no solo peligrosa, sino innecesaria la marcha de Ud. al sur. » – Entónces supe que, lejos de decir á Arica en el dia anterior lo ultimamente acordado, el General Daza se habia escusado unicamente con la *imposibilidad de pasar adelante*. Así se explica la respuesta del General Prado. El haber ido despues hasta cerca de Tana, para luego regresar á Chiza, porque le *habian asegurado* que allí estaba el enemigo; el haber marchado otra vez á Tana sabiendo que ni uno solo existia en aquel punto, para volver en seguida con la noticia de la *derrota de San Francisco,* son idas y venidas de indecision tristísima que no se toleran ni en un cadete imberbe de nacionales, y mucho ménos en el Capitan general de un ejército y Presidente encargado de la defensa nacional.... » (1).

(1) MANIFIESTO del corenel boliviano *Camacho*.

¿Cual el motivo de tan extraño y culpable proceder del General Daza? Del uno al otro extremo de las dos Repúblicas aliadas Perú y Bolivia, no corrió mas que una sola voz: *Daza ha hecho traicion.* Sus mismos amigos, aun los mas íntimos, no se atrevieron jamas á defenderlo contra una acusacion tan terrible.

En cuanto á nosotros, sin pretender erigirnos en jueces de tamaña causa, declaramos fráncamente que no encontramos palabras para defenderlo, como no supo encontrarlas él mismo en su manifiesto de justificacion que publicó en Paris el 13 de Junio de 1881, y que reprodujeron casi todos los periódicos del Perú, Chile y Bolivia. Por el contrario, todo se reune para condenarlo.

El hecho por si mismo injustificable y eminentemente grave de su fuga, á la presencia casi del enemigo, la víspera de entrar en accion y cuando su pequeño ejército, fresco, en el mejor estado que podia desearse, y perfectamente provisto y pertrechado ardía de deseo de venir á las manos, no puede explicarse mas que de dos maneras: ó por suma cobardía, ó por el determinado propósito de abandonar la propia causa.

Sin embargo Daza no fué considerado jamas como cobarde: tenia, por el contrario, fama de experto y valeroso general; fama ganada y confirmada en varias ocasiones sobre los campos de batalla de las guerras civiles en su país; y los tres mil hombres que conducia consigo, lo mejor del ejército boliviano, era toda gente excogida, especie de guardia pretoriana muy adicta á él, disciplinada y aguerrida durante un largo periodo de revolucion y de gobierno, y que era el terror de todo el pais.

La fuga de Daza, por consiguiente, no pudo ser y no fué efecto de cobardía; y excluyendo ésto, no quedaria otra lógica explicacion que dar, sino la de que obrase en consecuencia de secretos acuerdos tomados con Chile; explicacion que otras muchas circunstancias concurririan de acuerdo á confirmar, como ya dijmos.

Con este objeto bastaría unicamente recordar las muchas tentativas hechas continuamente por los hombres políticos de Chile sobre los de Bolivia, ántes y despues, para inducirlos á separarse de la causa del Perú, asociandose á Chile, y la universalidad de la voz pública que acusaba á Daza de traicion: voz pública que llegaba hasta designar los indivíduos que habian servido de intermediarios entre Daza y el Gobierno chileno, y que ademas de una solemne manifestacion, tuvo tambien una irrefutable prueba de hecho.

Solemne manifestacion fué la dada por el mismo ejército de favoritos que tenia consigo, mas que para otra cosa, para su defensa personal en Tacna, por los así llamados *Colorados*, que el 27 de Diciembre del mismo año lo depusieron de la Presidencia de la República; acto que fué acompañado de otro semejante acaecido en Bolivia; siendo así que Daza debió huir desterrado á Paris, donde se encuentra todavia.

El 28 del mismo Diciembre estallaba en la lejana capital de Bolivia una incruenta revolucion popular, que terminaba con una solemne manifestacion en la cual se leia:

« El pueblo de La Paz, reunido en comicio popular, considerando: 1º, Que la ineptitud, cobardía y deslealtad del General en jefe del ejército boliviano han llegado á afectar los vínculos de la alianza con nuestra hermana, la República del Perú; alianza que Bolivia está resuelta á sostener, sin omitir sacrificio alguno. 2º, Que el funesto sistema de desaciertos de la ominosa administracion del general Hilarion Daza ha conducido la ruina del pais en el interior, el descrédito en el exterior, la deshonra nacional en la guerra que Bolivia sostiene con la República de Chile.... declara: 1.º Que el pueblo de La Paz ratifica y sostiene la alianza perú-boliviana para hacer la guerra á Chile; y protesta seguir la suerte comun hasta vencer ó sucumbir en la actual lucha. 2.º Que destituye al General Hila-

rion Daza de la presidencia de la República y del mando del ejèrcito boliviano; nombra General en Jefe de éste al general Narciso Campero, y ruega al señor Contra-Almirante general Lizardo Montero (peruano) se haga cargo del mando del ejército boliviano (*él de Daza en Tacna*) hasta que el general Campero se constituya en el teatro de la guerra. 3.° Que nombra una junta de Gobierno compuesta.... La Paz, Diciembre 28 de 1879. » (Siguen las firmas).

Irrefutable prueba de hecho fué, enfin, la dada en Agosto de 1880 por un boliviano, cierto René Moreno, el cual cansado de verse acusado por la opinion pública como uno de los mediadores de los cuales Daza y el Gobierno chileno se habian servido para entenderse entre ellos, constituyó un Jurado de honor, para que juzgase si su conducta en aquella mediacion, que no negaba, y de la cual por el contrario probaba la existencia con cartas y declaraciones de testigos, considerada del lado del patriotismo, era ò no censurable. Dicho Jurado se compuso de los Jueces de la Corte Suprema de Bolivia, bajo la presidencia del Arzobispo de Sucre; y para que nuestros lectores puedan considerar toda la importancia de este hecho, copiaremos, en una Nota, algunos párrafos de las ultimas conclusiones presentadas por René Moreno ante al Jurado, en union á una parte del fallo pronunciado por este último (1).

(1) « Presentacion de D. René Moreno – Señores del tribunal: Ha llegado el momento de proponer la importante cuestion: ¿porqué fuí portador de las proposiciones chilenas, favorables á Bolivia, y contrarias á su alianza con el Perú?.... El envio de Salinas Vega á Santiago, como ajente secreto comisionado por el Presidente Daza cerca del Gobierno chileno y cerca de mi, consta de todos los documentos exhibidos.... El objeto del envio fué arrancarme de mi retiro, á fin de que, con la mira de la salvacion del país, me prestase á escuchar al señor *Santa Maria* (Ministro de Relaciones Exteriores de Chile) haciendole formular auténticamente sus bases de avenimiento con Bolivia; y tambien para compelerme á traer yo mismo los documentos del caso, y á responder de su sinceridad.... Ignoro los demas asuntos que trató el ajente con el Ministro de Relaciones Exteriores de Chile. Dicho ajente ha guardado un silencio impenetrable sobre sus pasos en Santiago, y sobre sus secretas conferencias con el Presidente Daza en Tacna.... De acuerdo en cuanto á las *ventajas territoriales,* salvadoras á mi juicio de la nacionalidad boliviana, que reportaban las bases, y seguro por otra parte de la sinceridad con que las proclamaban la opinion chilena, no por afecto á Bolivia, *sino á impulsos de un ódio terrible contra el Perú,* nunca encontré otra objecion que oponer al plan de Chile, que la injusticia y perfidia prescritas en dicho plan á la conducta de Bolivia.... – FALLO: En la capital de Sucre, á los 8 dias del mes de Agosto de 1880, los infrascritos reunidos privadamente en la sala de la Corte Suprema al objeto solicitados por el señor René Moreno, procedimos á la lectura de varias cartas y atestaciones orijinales y en copia que nos fueron presentadas como comprobantes. Despues de un atento exámen de su contenido, reconocemos que ellos demuestran suficientemente que el señor Moreno se prestó á ser el portador de las proposiciones del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile al Presidente de Bolivia entónces en campaña, *General Hilarion Daza*, solo en obedecimiento del mandato confidencial de éste, que le fué trasmitido en Santiago por un ajente secreto, el señor Luis Salinas Vega.... »

Tomado de LA ACTUALIDAD del 17 de Marzo 1881, periódico del ejército chileno en Lima.

Como hémos dicho, Daza gozaba fama de general valeroso y experto, como tambien su gente la de valiente y aguerrida; y esto fué causa de que el ejército chileno se sintiese invadido de un verdadero pánico, apénas tuvo la primera noticia, por cierto falsa, de su próxima llegada. Esto sucedia el 17 de Noviembre, cuando las columnas bolivianas del General Daza, volviendo las espaldas al enemigo, emprendian nueva y tristemente el camino de Arica y Tacna: y como esto sucediese, lo sabremos por los mismo chilenos, á los cuales dejaremos con frecuencia la palabra en el curso de este capítulo, para que nuestra narracion no pueda ser tachada de parcialidad, ó aun de simple exageracion.

« No se habrá olvidado por el lector de este libro minucioso,

que el ejército (*chileno*) estaba fraccionado en dos cuerpos, seis mil hombres en Dolores, al mando del coronel Sotomayor y cuatro mil en *Pisagua* á las órdenes inmediatas del General Escala.... Presentose á las tres de la tarde del dia 17 en el campamento de *Dolores* un chileno que residia cerca de Tana y que patrióticamente, ó por maña, como algunos creyeron, habia dado un galope para comunicar al coronel Sotomayor la llegada á aquel lugarejo en la noche anterior de las avanzadas de Daza. Era la primera noticia recibida en el cuartel general de Chile, de que tal expedicion tenia lugar: tan absoluta era la incomunicacion del desierto en el desierto.... Despertó vivo sobresalto en el pecho del valiente pero impresionable coronel Sotomayor aquella nueva, y en el acto hizo montar la caballeria y despachóla hácia Jazpampa en direccion de Tiliviche y Tana. Al propio tiempo telegrafiaba con viveza y hasta con aceleracion al campamento de Pisagua, anunciando la presencia de Daza con *fuerzas considerables*, á la vista de nuestras avanzadas. Contribuyó no poco á esta exaltacion de las noticias, un efecto de miraje producido aun entre los oficiales mas tranquilos del Estado Mayor, que puestos en una altura, frente á Jazpampa, aseguraban *de cuerpo presente* estar divisando con sus anteojos las cargas y contra cargas de los *Cazadores* y hasta los lampos de los fogonazos de sus carabinas en el llano. En vista de este estado de cosas el General en Jefe mandó.... (*envió tropas desde Pisagua á los sitios indicados, próximos á Dolores, y donde ya se encontraban otras fuerzas chilenas*).... Entrada la noche llegaron el Comandante Vergara y el Capitan Villagran con su pequeña columna á Jazpampa, y desde allí anunció aquél por el telégrafo á Dolores y al Hospicio (*campo chileno de Pisagua*) que no se habian divisado enemigos, pero que muy de madrugada al dia siguiente, 18, operaria un reconocimiento por el lado de Tana.... Hízolo asi en efecto.... eran las *once* de

una ardorosa mañana cuando divisaron el Comandante Vergara y sus ayudantes, una densa polvareda que avanzaba por la pampa hácia el oriente. Juzgando que podia ser aquella tropa la avanzada del ejército de Bolivia, anunciada desde la vispera, ó el ejército mismo, pues habia anteójos que divisaban hasta los cañones y los carros de artillería, retrecedió Vergara á Tiliviche, y en seguida dirijióse preocupado á Jazpampa.... ¡Cosa estraña! Toda aquella multitud de visiones fantásticas, hijas de las reverberaciones del sol (!) que hacia en los espíritus el efecto de la linterna mágica sobre el vidrio y la tela, reflejabanse á la misma hora en el Estado Mayor y en en el cuartel general, mediante la série de telegramas, que copiamos á continuacion de sus orijinales no conocidos todavia: – « Estacion de Dolores, Noviembre 17 de 1879. Señor General en jefe, Pisagua. En este momento se cree que nuestras tropas se han encontrado con el enemigo, pues se ha observado *cargar los cazadores*, tiroteandose en seguida. Mando tropa en su proteccion. *Sotomayor.* » – « Noviembre 17. Se *divisa fuego intenso* á 5 kilómetros mas ó ménos, direccion á Camiña. Ha salido una seccion de artillería de montaña y tres compañias de infanteria, cuya fuerza llegó al *lugar del combate* en media hora. *Sotomayor.* » – « ....A esa misma hora (continua la narracion), regresaban los Cazadores que se habian adelantado hasta las puertas de Tana.... Era esa tropa de caballeria la polvareda que habia divisado la columna de Vergara en la mañana, y ambas habian huido la una de la otra equivocandose (*tomandose entrambas por enemigos*) y dejando asi escapar á Albarracin (*pequeño escuadron de caballeria peruana*), puesto de hecho entre dos fuegos. Lo que habian semejado cañones eran simplemente barriles de agua que á lomo de mula llevaban los Cazadores (1). »

(1) V. MACKENNA, *Historia de la Campaña de Tarapacá*, t. II, p. 832 á 842.